

Sobre la exportación e importación de la sociedad civil en tiempos de globalización

PETER WATERMAN

Un reciente libro sobre las agencias donantes europeas de cooperación para el desarrollo y la construcción de la sociedad civil en América Central, constituye una importante contribución a la literatura académica, a la vez que abre interrogantes más amplias sobre la exportación e importación de la sociedad civil en tiempos de globalización. Este artículo comienza con algunas reflexiones sobre el volumen, encuadrado a grandes rasgos en el discurso político/desarrollista de las propias agencias financieras, para luego referirme al discurso político-económico y dependentista de los (neo) marxistas. En el camino, voy a sugerir la primacía de los movimientos sociales radicales-democráticos, y la necesidad de redes y de un diálogo global significativo entre éstos.

El libro de Kees Biekart comienza con una introducción sobre ‘caridad y solidaridad’. La primera parte trata –de manera teórica y analítica– de la ‘construcción de la sociedad civil’ y las agencias privadas de cooperación para el desarrollo. La segunda parte presenta las transiciones democráticas en Centroamérica y evalúa el rol de las agencias en este proceso. Hay una conclusión sobre la ‘paradoja de la ayuda privada extranjera’. Mi experiencia, en lo que puede ser entendido como las relaciones internacionales de los movimientos sociales, y mi preocupación sobre el rol que la ‘solidaridad de la sustitución’ está asumiendo a escala internacional, me lleva a referirme a la introducción, al marco teórico/analítico, a un estudio de caso internacional y a la conclusión.

PETER WATERMAN: sociólogo inglés, investigador del Instituto de Estudios Sociales, La Haya; autor y editor de numerosas publicaciones sobre trabajo, globalización e internacionalismos.

Nota: Kees Biekart fue lo suficientemente generoso para someter el primer borrador de su documento a la crítica, pero evidentemente no puede ser responsable de mi respuesta. Traducción de Nelly Jitsuya (Lima) y Daniel Chávez (Montevideo/Amsterdam).

Palabras clave: sociedad civil, cooperación para el desarrollo, ONGs, globalización.

Pero primero debería aclarar mi definición de la ‘solidaridad de sustitución’ y su relación con la caridad. La solidaridad de sustitución incluye los siguientes elementos: identidad, sustitución, complementariedad, reciprocidad, afinidad y restitución¹. Brevemente, la «identidad» se expresa por ejemplo en el lema ‘¡Trabajadores del Mundo, Uníos!’, implicando intereses generales de largo plazo; la sustitución es emblemática por posiciones desarrollistas, ‘a favor de’ los pobres, explotados y desposeídos; la complementariedad, está dada por la solidaridad de ‘contribución diferencial’ al interés o meta común (que puede ser entre trabajadores, o Norte/Sur); la reciprocidad, por el intercambio de cantidades o cualidades similares a lo largo del tiempo; la afinidad sugiere lazos de identidad/amistad entre, digamos, ecofeministas, socialistas (de un matiz particular), o inclusive entre admiradores de estrellas de la música pop; la restitución se afina en el reconocimiento de errores pasados y la compensación correspondiente. Cada uno de estos elementos tiene su *propia* parte de significado en la solidaridad internacional, y a la vez cada uno es solo *parte* del significado, y aislados constituyen solo una comprensión limitada y empobrecida del conjunto. Las limitaciones de una solidaridad de sustitución se basan en su carácter vertical y unidimensional, *cercano a la caridad*. Como la caridad, no tiene necesariamente en cuenta las causas de la desigualdad, ni las implicancias de una transformación de la relación entre las dos partes: ‘el pobre está siempre con nosotros’. Efectivamente, durante la corta historia de la cooperación para el desarrollo, parece que el pobre está siempre con nosotros –y por cierto en cantidades siempre crecientes.

El show ‘lejos de mi cama’

La introducción de Biekart trata de identificar la tensión, la contradicción o el movimiento entre solidario y caritativo del trabajo de las agencias europeas privadas de cooperación para el desarrollo (Aepcd). Dado que Biekart no define ni discute la noción de ‘solidaridad’, ésta más bien parece ser usada como lo entienden las agencias o sus «contrapartes» de América Central² –o sea, una asistencia menos entendida como ayuda para la infraestructura o auxilio frente a desastres que como auto-empoderamiento y democratización. A pesar de entender el sentido, y de que prefiero esta clase de ayuda a la otra, evidentemente considero problemática la ‘solidaridad’ cuando es aplicada a una relación de arriba hacia abajo, de una sola vía, Norte/Oeste a Sur/Este, básicamente financiera y, como acostumbra decir los holandeses, ‘lejos de mi cama’.

1. Para mayor información sobre solidaridad internacional, v. P. Waterman 1994 y 1998.

2. Una amiga, fundadora de una respetada red de derechos humanos, llevando a cabo simultáneamente un trabajo innovador, vital y peligroso, estaba incómoda de ser llamada ‘contraparte’ por una de las Aepcd de Biekart, que financiaba la iniciativa pero imponiendo al mismo tiempo su propio criterio desarrollista, procedimientos burocráticos de información y costosos procesos de contabilidad. Al escuchar a un empleado de la agencia, en un seminario, referirse a donantes y contrapartes, ella declaró que ahora entendía lo que era una ‘contraparte’ (volveré sobre esto más adelante).

Sociedad civil y economía política

El concepto clave en la primera parte del libro es el de 'sociedad civil'. Biekart presenta una discusión exhaustiva del término, ya ampliamente discutido, y de aquellos relacionados, tales como 'ciudadanía' y 'organizaciones no gubernamentales' (ONGs). Este último es considerado ambiguo, que el autor prefiere evitar, excepto cuando es aplicado a organizaciones mediadoras entre organismos de base y aquellos en la cima de la jerarquía de cooperación/financiera. A pesar de que Biekart es obviamente conciente de que está discutiendo al mismo tiempo la sociedad civil y América Central en el contexto del neoliberalismo, su índice no incluye consideraciones sobre el 'mercado', el 'capitalismo', o la 'globalización'. En suma, su sociedad civil es entendida fundamentalmente en relación con el Estado. Volveré a referirme a este punto más adelante.

En la medida en que se está configurando un nuevo capitalismo globalizado y organizado en redes, también se modifican las prioridades; de la fuerza se pasa al consentimiento –de la violencia a la seducción (lo que evidentemente no significa que se dejará de utilizar la primera, en el ámbito nacional o internacional, como en la ex-Yugoslavia o en Colombia). Sin embargo, parece que a escala internacional nos movemos de un capitalismo 'leninista' a uno 'gramsciano'. Un capitalismo informatizado parece requerir, para un mundo globalmente integrado de consumidores, una política estable y legítima –de la nación al mundo– que será garantizada por algún tipo de sociedad civil. Mientras que la densidad y actividad de dicha sociedad civil es variable en extremo (en Estados Unidos incluye, prominentemente, a la Asociación Nacional del Rifle, permitiendo que las armas sean la fuente principal de muertes entre un grupo particular de jóvenes), la existencia de una fuerte sociedad civil puede ser entendida como esencial para la flexibilidad e innovación de un capitalismo globalizado y organizado en redes. Claramente, en América Central (así como en EEUU) se necesita completar las 'tareas inconclusas de la modernidad'. Sin embargo, incluso la cabalmente moderna y socialmente civilizada Holanda debe confrontar las contradicciones que el capitalismo produce y reproduce. Para poder superar esta limitación, los ciudadanos y los movimientos sociales necesitan una noción de sociedad civil que esté en tensión con el mercado en general, más específicamente con el capitalismo y, en América Central, con un capitalismo neoliberal externamente impuesto, en particular.

Agricultores (y feministas) financiados por fuentes foráneas

En la segunda parte del libro llegamos a los estudios de caso de América Central, y en particular a la red regional de campesinos, la Asociación Centroamericana de Pequeños y Medianos Productores Agrícolas (Asocode), fundada alrededor de 1991. Mientras tanto, nos hemos saltado unas 200 páginas de densa descripción, análisis y conceptualización sofisticada de las Aepcd, sus objetivos, beneficiarios y contrapartes en América Central, e incluso la

noción de Biekart de una 'cadena de cooperación' como el objeto-proceso necesario para el análisis.

La Asocode está dentro de la categoría de red internacional, y dentro de dos inusuales pero importantes subconjuntos de la misma: el 'subregional' y el 'popular'. Si, como creo, el desarrollo de un nuevo tipo de solidaridad global—un internacionalismo relacionado con la globalización— está por aparecer, sus pilares más importantes tendrán que ser, como Asocode, tanto geográfica como socialmente cercanos a la 'gente' relevante. Esta red fue más allá, proporcionando tanto estímulos como una base para una coalición regional de redes de América Central, en 1994, conocida como la Iniciativa Civil para la Integración de América Central (ICIC). La naturaleza e historia de Asocode me recuerda a aquellas feministas organizadas en el ámbito regional en América Latina y el Caribe (Alvarez; Waterman 1998, cap. 6). Puede ser que la clave para el auge y crisis de ambas iniciativas se encuentre precisamente en sus roles como fuertes beneficiarios de asistencia en tiempos de transición del neokeynesianismo internacional al neoliberalismo globalizado.

Esas dos organizaciones, Asocode e ICIC, reciben unas 20 páginas en la cuenta de Biekart —y yo podría haber digerido algunas más (algo se puede encontrar en Edelman). Biekart da cuenta de las mismas bajo el subtítulo *Fortaleciendo la sociedad civil desde el ámbito regional*. La creación de esta red regional campesina es resultado de una determinada historia, de cambios sociales específicos y de oportunidades políticas particulares. La historia es la de las sociedades semicapitalistas, regímenes militares, guerras civiles devastadoras (auspiciadas por EEUU), y de estrategias rurales insurreccionales de izquierda. Los cambios sociales incluyen la creación de estructuras rurales cada vez más interrelacionadas con las urbanas, la depredación ecológica, la crisis del Estado-nación confrontada por la globalización, y la educación formal o autodidacta de los cuadros rurales. Precisamente, ésta es la oportunidad ofrecida por el proceso de desmilitarización y democratización, y la creación de una identidad regional y de instituciones, entusiastamente respaldados, por lo menos, por las Aepcd.

A partir de un proyecto financiado por la Comunidad Europea sobre seguridad alimentaria regional, vino la propuesta de una red de organizaciones campesinas (campesinos, granjeros), dirigida por un activista joven y carismático de Costa Rica, Wilson Campos. Naciendo en parte de las necesidades nacionales y en parte de las ambiciones regionales, el proyecto tocó las campanas acertadas de las agencias financieras —que tenían sus ojos en la Cumbre de la Tierra de Río, en 1992. En su primer año de existencia, la red recibió 110.000 dólares (!). Campos presentó la red como la voz *real* de los campesinos de las bases, contrastándola con las ONGs ruralmente orientadas pero mediadoras. Evidentemente, este argumento también interesó a los donantes. En 1992, Asocode recibía 200.000 dólares. En 1996, el presupuesto había subido a 1,5 millones. (Uno se pregunta de dónde *exactamente* venía este financiamiento.) Mientras tanto, en algunos casos ya existían o se desarrollaban federa-

ciones de campesinos, en otros éstas eran promovidas desde arriba hacia abajo por la red. Asocode produjo documentos regionales ‘alternativos’ sobre desarrollo agrícola, consultó o hizo *lobby* con nuevas estructuras regionales intergubernamentales. Los gobiernos regionales y las instituciones intergubernamentales estaban impresionados. Ellos evidentemente también carecían de preocupación acerca de cualquier falta de representatividad de Asocode, cualquier posible mal manejo de las finanzas, cualquier falta de democracia interna o fallas en los informes a las agencias financieras. Con la ayuda y consejo de algunas de las Aepcd, los líderes de Asocode hicieron contactos fuera de la subregión –que parecen haber sido con Europa y Norte América (verticalmente) en lugar de con el resto de América del Sur, África o Asia (horizontalmente). En cierto momento, surgieron críticas a la red entre las federaciones nacionales, que sentían que Asocode había perdido su perfil y base popular.

El éxito de Asocode llevó a la creación de ICIC. Fueron involucradas ocho redes regionalmente organizadas, incluyendo sindicatos, organizaciones campesinas, pequeños empresarios, ONGs de desarrollo y organizaciones comunales. Como red regional de redes regionales, la ICIC –de quien Campos era su líder nuevamente– no tenía miembros nacionales. Fueron apareciendo cabezas financiadas desde el exterior, sin cuerpos locales en el horizonte. Biekart concluye:

Por lo tanto, de todos los estudios de casos presentados en este estudio, Asocode es, probablemente, el más claro ejemplo de la ‘paradoja de la asistencia privada’: la asistencia extranjera privada facilitó la emergencia de actores intermedios de influencia en la sociedad civil, pero simultáneamente, crearon nuevos problemas que obstruyeron su desarrollo organizativo (p. 287).

Sería interesante saber, ahora que han pasado algunos años, cómo esos organismos se han desarrollado, si todavía son totalmente dependientes de la ayuda extranjera, si han empoderado sus bases y cómo, si se han vuelto articulados, en un rol subordinado, dentro de una actividad estatal en el ámbito nacional o regional³.

¿De la misión civilizadora a la misión sociedad civil?

La ‘paradoja’ a la que Biekart se refiere, me parece, no se limita al mal uso del financiamiento, al liderazgo personalista, a distancia de la base o al burocratismo (en el sentido del propio interés y autorreferencia institucional). Agregaría que esto incluye también la inyección (con apropiados incentivos en dinero) de valores social-reformistas de Europa occidental, tales como la ‘sostenibilidad’ y la ‘conciencia de género’. Mientras el primero parece haber encontrado un eco entre los activistas campesinos, de creciente conciencia am-

3. Aún ambas parecen existir, a pesar de que la página web de Asocode proporciona poca evidencia de sus actividades. Asocode está involucrada en redes campesinas, tanto en América Latina como internacionalmente, pero la importancia de esto es algo oscura; ver <<http://par.sicanet.org.sv/programa-par/socivil.htm>>.



biental, el último está relacionado con la inexistencia de una previa conciencia entre los líderes *machos*. Lo mismo que intentos posteriores de introducción de una sensibilidad hacia lo *indígena* dentro de la conciencia *ladina*, aunque hoy en día tanto mujeres como indígenas aparecen como categorías en la página web de Asocode.

Todo esto, y más, es bien comprendido por Biekart. Lo que le falta señalar, y aún subrayar, es la relación entre esas prácticas de importación de valores y aquellas de las generaciones anteriores de padres (o madres) blancos quienes introdujeron en sus colonias nociones tan valiosas como ‘la limpieza te acerca a Dios’⁴. Ni en el caso histórico ni en el contemporáneo resulta fácil negar la índole progresiva –incluso sostenedora de la vida– de tales importaciones. En ambos casos, sin embargo, es necesario reconocer la naturaleza de la relación y el poder relativo de las partes en las variadas posiciones de la ‘cadena de ayuda’. (¿Acaso no hubiera sido más apropiada la metáfora de la ‘pirámide’, que sugiere una jerarquía, o ‘cañería’ que fluye en una sola dirección?)

El marco conceptual apropiado para este tipo de relación es, seguramente, el de *patrón y cliente*. Sobre esto existe una bibliografía teórica bien desarrollada, la cual parece ser muy adecuada para el caso. El que los propios patrones sean críticos del colonialismo, el patriarcado, la Iglesia –incluso de la caridad o del capitalismo– no necesariamente contribuye a transformar o siquiera debilitar la jerarquía. De *este* lado: trabajos de oficina de por vida, estatus profesional, un ingreso cómodo, automóviles (de él y de ella), doctrinas y métodos de administración neoliberales, seguro de salud (de la cuna a la tumba), generosos beneficios de jubilación. De *ese* lado: un eco pálido (¿oscuro?) y probablemente temporal de estas cosas, sujetas a la inconstancia de las prioridades del desarrollo del Estado europeo, de la respuesta europea a los cada vez mayores atractivos embaucadores de las agencias donantes. (Y en este contraste estoy dejando fuera a aquellos en el fondo de la pirámide, al final de la cañería.)

Biekart es consciente de todo esto. Sin embargo, hay una escasez *fundamental* (es decir, fundacional) de fondos de desarrollo, lo cual no creo que sea resaltado por Biekart. Esto significa que el proceso local de lucha y aprendizaje por el cual las mujeres y los indígenas se imponen a ellos mismos –desde abajo o más allá– sobre conservadores u otros privilegiados, es truncado, con el peligro consecuente de la desaparición de cualquier ‘simpatía con las mujeres’ o ‘conciencia ecológica’, una vez que el estímulo financiero externo para ello desaparece. Por lo tanto, para mí no hay una *paradoja* de ayuda privada, hay un *síndrome* de ayuda privada y/o una *contradicción* de la ayuda priva-

4. La relación de la misión civilizadora con la sociedad civil es central al argumento teórico de Stephen Hopgood (p. 2). Dice que la concepción liberal de la sociedad civil «aparece como tratando con la gente *como ella es*, cuando de hecho tiene que ver con *la manera como han sido rehechos*» (énfasis suyo) y toma el caso de cómo los indios americanos fueron ‘civilizados’ antes de poder ser admitidos a la sociedad civil de EEUU.

da. Todo lo que Biekart nos dice era, seguramente, predecible antes del hecho, en los albores de la cooperación para el desarrollo⁵.

Esto no es para decir que las Aepcd representen al mal, sino para preguntar qué (o a quiénes y cómo) representan. Existen sin ninguna duda agencias donantes o proyectos «buenos». Sin embargo, el hecho de que existan, de acuerdo con un interés, identidad o preferencia humanos, lobos (o ratones) ‘buenos’ no nos dice lo suficiente sobre la naturaleza de cada especie. Después de todo, existen Estados capitalistas ‘buenos’. Holanda es un excelente ejemplo y uno desea, por el bien de los escolares norteamericanos, así como para su patio trasero, América Central –y para el resto de nosotros viviendo bajo el volcán– que EEUU tuviera un Estado similar al descrito. En tanto que estas agencias donantes median de algún modo entre las sociedades civiles europeas y los pueblos del Tercer Mundo (noten mi lenguaje), quizás uno pueda seguir el argumento de Wilson Campos y acabar con el intermediario, o al menos convertirlo en agencias de ayuda *públicas* o *civiles*; es decir, algo directamente dependiente de una parte relevante del público europeo (obremos, mujeres, ecologistas, pacifistas, movimiento de derechos humanos, etc.) y estar abierto y rendirles cuentas a ellos⁶. Cuando hacia 1890 los trabajadores portuarios australianos y británicos practicaron la solidaridad efectiva (subespecie: ¿identidad más reciprocidad?) durante sucesivas huelgas, el dinero provino de fondos públicos y de los obreros. Tal vez podríamos inspirarnos en este modelo, aprender de él, o inventar uno nuevo, apropiado para nuestra época y nuestros problemas.

No creo estar diciendo nada particularmente original ni radical. Gran parte de la sustancia y del tono se puede encontrar, creo, en un trabajo más escéptico, al cual anteriormente Biekart contribuyó y del cual fue corresponsable (Sogge). Al juzgar el impacto de las agencias privadas de financiamiento, él y su coautor concluyeron lo siguiente:

Sobre todo, después del uso erróneo pero políticamente correcto del término ‘empoderamiento’, el grueso de la comunidad de agencias es conservador en términos de desarrollo y no empoderador, cumpliendo alegremente los roles tradicionales de apoyo social y provisión de asistencia. Los pocos voceros que abogan por una posición de desarrollo diferente no corresponden a la actividad oficial de la agencia (Fowler/Biekart, p. 128).

5. Comparar con el argumento de hace 20 años de Tillmann Evers, en el cual sugiere que su rol era crear una contraelite reformista y que la relación entre el donante y el que recibe los fondos era una instrumentalización mutua, en vez de solidaridad (p. 120).

6. Estas cuestiones están siendo levantadas cada vez con mayor frecuencia tanto en la literatura más analítica y política (*Middle East Report 2000*, Van Tuijl/Jordan) como en la teórica (*Millennium 2000*). La colección MER critica el rol de las ONGs con financiamiento externo en un área mundial muy diferente a América Latina, sugiriendo su gran ambigüedad. Van Tuijl/Jordan proponen que, dados los inevitables problemas de rendición de cuentas y de representatividad que enfrentan las ONGs transnacionales, uno debería especificar el concepto de ‘responsabilidad’ y usarlo para hacer avanzar la democracia dentro y más allá de estos organismos. El intercambio en *Millennium* es particularmente interesante en tanto representa la respuesta de académicos de relaciones internacionales a la famosa ‘batalla de Seattle’ de noviembre de 1999.

No solo sigue en pie la pregunta de por qué hay tan pocos lobos/ratones buenos sino la naturaleza, rol y función de los lobos/ratones dentro de un ambiente más ampliamente definido o entendido.

Niet óf óf, maar én én

Así es que, volviendo a la sociedad civil –y a mi exótico subtítulo– la versión holandesa económica de ‘ni lo uno ni lo otro, sino tanto esto como aquello’, me estoy refiriendo a la crítica político-económica de un concepto de sociedad civil mayormente político, sugiriendo la necesidad de un *eso* tanto como de *esto*; pero ello no debe ser tomado (¡que la Diosa lo prohíba!) como una identificación con ningún determinismo político económico. Los dos ítems que cito más abajo presentan serios desafíos para una comprensión demasiado política de la sociedad civil. Sin embargo, ninguno define, menos aún problematiza, la roca sobre la cual se asientan, aquella de la economía política. Necesitamos una comprensión que considere a ambos y posiblemente a otros (¿psicología social? ¿feminismo? ¿ecología política? ¿cultura política?).

Sin pretender resolver el problema que he planteado acerca de una comprensión de la sociedad civil (v. Serbin), veamos si la consideración de otro material reciente podría ponernos en la dirección correcta. Pasha/Blaney consideran que las nociones de ‘sociedad civil global’ (SCG) y ‘vida asociativa transnacional’ (VAT) ya sea prematuras o predefinidas, ayudan al desarrollo de un orden mundial neoliberal, cuando lo que se requiere es una reafirmación de la importancia de un Estado-nación democratizado en el Tercer Mundo. La historia que tienen que contarnos es «una menos heroica, casi derrotista, acerca de los prospectos de oposición a los aspectos oligárquicos del sistema internacional (p. 437)».

Aunque hay notas en Pasha/Blaney que sugieren su atracción hacia la historia heroica y optimista de los defensores de la SCG/VAT, parecen estar profundamente empantanados en un determinismo político económico, que sugiere que nada puede cambiar hasta que todo cambie, y en una noción política de Estado-nación, que sugiere que ‘la política’ ocurre solo en relación con, dentro de, o entre los Estados⁷. Es esto lo que los lleva a reafirmar un estatus teórico y un rol político internacional progresista para un Tercer Mundo que apenas puede ser reconocido desde la desaparición del Segundo Mundo, y desde su propia diferenciación política, económica y estratégica. Por lo tanto, Pasha y Blaney son insensibles a lo que yo denominaría la ‘teoría de la globalización teóricamente crítica y socialmente comprometida’ (Waterman 1998, cap. 7) y a aquellos fenómenos radicales como la campaña internacional que logró prohibir las minas antipersonales, la campaña anti-Pinochet que demostró de qué manera los intentos de civilizar la sociedad global pueden esti-

7. Comparar con el argumento de José Luis Tejeda quien, mientras favorece un Estado-nación democratizado para México, también lo ve como algo que debe transformarse ‘internamente’ así como abrirse ‘externamente’, de modo que ambos se beneficien y contribuyan a una condición más civilizada de interdependencia global.

mular a una sociedad civil nacional (Chile) y la contribución a un nuevo tipo de sociedad civil nacional y global por una banda minúscula de zapatistas y mayas marginales en el sudeste de México (Planeta Tierra; De la Grange/Rico).

Görg/Hirsch parecen provenir del mismo sitio que Pasha y Blaney, tienen preocupaciones similares, pero están condicionados por su atracción a la idea de ‘democracia internacional’ y aprobación de ciertos tipos de ONGs, para hablar positivamente –aunque con duras calificaciones. Al tratar sobre las ONGs y la SCG, Görg y Hirsch se encuentran paralizados entre un viejo mito y una nueva realidad. El mito (de acuerdo, una *teoría* relativa a un estadio particular del desarrollo capitalista) es el de una contradicción entre la ‘globalización’ económica (colocada entre cautelosas comillas) y la forma política del Estado-nación. La nueva realidad es que la globalización (la mía viene sin comillas) en la cual el poder hegemónico puede estar cambiando de una forma política institucional (Estado/inter-Estado) a otra sociocultural (consumo, visión de medios, turismo), y en donde incluso la forma/nivel político-institucional puede estar dispersa en lo local, la región (dentro de, entre Estados-nación), el hemisferio, el globo. Görg y Hirsch ensayan una serie de desafíos a las nociones de democracia internacional y se preocupan de que, dada la naturaleza de la esfera internacional de toma de decisiones, vuelva a ser necesario preguntarse: «¿Cuál es el significado de ‘democracia’, si no existe un ‘pueblo’ en el sentido legal democrático constitucional, ni elecciones generales, ni partidos políticos activos ni legitimados, ni un parlamento ni órganos de representación, ni un Estado central equipado por un monopolio de coerción?» (p. 606).

Resulta curioso, dado su punto de partida marxista, que su estación terminal aparentemente sea la democracia liberal y el Estado democrático burgués. Sin embargo, lo que me parece que ellos revelan es más bien el desafío de los demócratas radicales a reinventar la democracia, a reconceptualizar la sociedad civil, globalmente/localmente, redescubrir y recrear un pueblo, precisamente para enfrentar las amenazas y promesas de un (des)orden capitalista globalizado e informatizado (v. Kaldor et al.). A pesar de su deseo de hacer esto, durante el cual volvieron a plantear importantes problemas, citan al movimiento zapatista no como un ejemplo o fuente de nuevas experiencias e ideas relevantes, sino para argumentar sus limitaciones (de cara a su modelo de Estado-nación industrial). Más claramente aún que Pasha y Blaney, ellos revelan su determinismo político-económico, dado que «Las diversas posibilidades para la democracia solo serán realizadas cuando el modo dominante de producción capitalista y el modo dominante del modo de vida capitalista hayan sido fundamentalmente alterados» (p. 612).

¿Así que ‘fundamentalmente alterados’? ¿Por posibles demócratas tales como Lenin, Mao, Pol Pot, el presidente vitalicio Fidel Castro, el presidente Gonzalo –prematadamente autonominado con miras a una ‘alteración fundamental’ de la producción capitalista y del Estado-nación semiliberal en el Perú? Volviendo a América Central, a la cual tomaré aquí de manera sociocultural,

para incluir al menos el sudeste de México ya mencionado, el zapatismo proviene de una coyuntura comparable a la que Biekart revela en América Central. Asimismo se ha beneficiado de los fondos de la Aepcd, al menos indirectamente (De la Grange/Rico). Sin embargo, la sociedad civil que está intentando crear también viene de la experiencia *nacional e indígena*. Su discurso no está, como Yúdice afirma de las ONGs locales, nacionales y extranjeras involucradas con los dos proyectos brasileños que él examina, ‘en gran medida sobredeterminado por esta red de colaboradores e intermediarios’. Esta es la postura de Holloway/Peláez sobre el concepto zapatista de la sociedad civil:

El EZLN no usa el concepto de ‘clase’ o ‘lucha de clases’ en su discurso, a pesar del hecho de que la teoría marxista claramente ha jugado un papel importante en su formación. En vez de ello, han preferido desarrollar un nuevo lenguaje, hablar de la lucha por la verdad y la dignidad. Al buscar apoyo, o en la formación de vínculos con otras luchas, han apelado no solo a la clase trabajadora o al proletariado sino a la ‘sociedad civil’. Por ‘sociedad civil’ parecen querer decir ‘sociedad en lucha’ en el sentido más amplio: todos esos grupos e iniciativas comprometidas en luchas latentes o abiertas para afirmar algún tipo de control sobre su futuro, sin aspirar a un puesto en el Gobierno (p. 180).

La misma recopilación es también agudamente conciente tanto de la fuente del poder y originalidad de los zapatistas en un lugar altamente localizado, y en su igualmente poderoso y original abordaje a lo global, haciendo un uso efectivo del ciberespacio. Uno no se tiene que subordinar al lenguaje seductor de los zapatistas (resistido enérgicamente por Hellman) para ver cómo la comprensión zapatista de la sociedad civil como local/global/real/virtual puede inspirar una nueva teoría radical sobre la forma en que la sociedad civil puede ser generalizada bajo condiciones de globalización:

Las redes –tales como las redes de mujeres, ambientales, étnicas y otros movimientos sociales– son el lugar de los nuevos actores políticos y la fuente de prácticas y posibilidades. Por tanto, es posible hablar de una política cultural del ciberespacio y la producción de ciberculturas que resisten, transforman o presentan alternativas a los mundos dominantes virtuales y reales. Esta política de la cibercultura puede ser más efectiva si cumple con dos condiciones: conciencia de los mundos dominantes que están siendo creados por las mismas tecnologías sobre las cuales descansan las redes progresistas (incluyendo la conciencia de cómo trabaja el poder en el mundo de redes y flujos transnacionales) y un viraje constante de atrás hacia adelante entre las ciberpolíticas (activismo político del internet) y lo que llamaré políticas del lugar o activismo político en los lugares en los cuales el que trabaja en redes se asienta y vive (Escobar, p. 32).

En todo caso, lo que viene resultando de esta América Central sociocultural, no es tanto una noción de sociedad civil como algo exportado (del Norte por las Aepcd) o importado (en el Sur por las ONGs), sino más bien *una hipotética circulación de comprensiones y prácticas*, dentro de un discurso y práctica de solidaridad, que se extiende a través de nuestros tiempos confundidos así como nuestro mundo turbado. Biekart mismo termina su libro, de manera bastante literal y refiriéndose a la experiencia de construcción de sociedad civil en América Central, con la siguiente idea:

En los años venideros, las agencias de asistencia privadas, progresistas, tendrán que elegir si usar esta experiencia o no para ‘reinventar’ la solidaridad, por ejemplo desempeñando un rol activo en la forja de alianzas transnacionales y acortando la brecha entre la sociedad civil

del Norte y del Sur, una función que actualmente es desempeñada, sin ser cuestionada, por el sector corporativo transnacional (p. 302).

Responderé a esto en breve, pero nuevamente deseo contrastar la esperanza expresada escuetamente aquí con la conclusión mucho más específica de la recopilación de Sogge. En éste, Biekart y Sogge sugieren cuatro posibles escenarios para el futuro de las agencias de desarrollo del Norte, terminando con el siguiente:

La agenda común y la reinención. Presionadas por sus aliados y confrontadas con un creciente deterioro social y ambiental en el Norte, algunas agencias empiezan a repensarse y reconstruirse siguiendo las líneas de una agenda común [global] ... Dejan de lado su enfoque exclusivo en los problemas «allá afuera» en el Sur. El ajuste estructural y las crecientes fisuras sociales, ahora también son realidades en el Norte, así como en el Sur. Las agencias buscan áreas de interés común con organismos, hasta la fecha enfocados hacia el ámbito local. ... Desarrollan divisiones pragmáticas del trabajo con ONGs del Sur activistas y basadas en el conocimiento. ... Los voluntarios y los miembros donantes ... crecen [en el Norte]. Estos últimos son incorporados a ... campañas ... que tocan la vida cotidiana en el Norte y en el Sur. En resumen, un escenario en el cual la generosidad y la solidaridad destronan al cálculo y la fría caridad (Sogge/Biekart, p. 205).

Esta noción se acerca a la que sugerí más arriba, de aprender y reinventar el antiguo internacionalismo obrero. Por último, no es cierto que las corporaciones transnacionales no estén siendo cuestionadas en la actualidad. Dicha solidaridad está siendo reinventada, incluso alrededor de América Central, a menudo en alianzas «atravesando fronteras, atravesando movimientos» (De La Cueva; Pollack; Rechip), que ocasionalmente cuestionan de manera efectiva al sector corporativo transnacional. Nuevamente, algunas de ellas han sido financiadas por agencias financieras holandesas (la Cumbre de Santiago de 1997, registrada en Rechip).

Por lo tanto, lo que ahora necesitamos con urgencia es estimular e investigar dichos fenómenos, los que seguramente representan una perspectiva más avanzada de la lucha para civilizar a las Américas. Sin embargo, las relaciones Norte/Sur, incluso en este punto, deben ser consideradas respecto de un discurso y una práctica de solidaridad. Situados sobre la piedra teórica y ética de la solidaridad internacional, esgrimiendo el tipo de herramientas conceptuales que sugerí (las herramientas mejoradas serían bien recibidas), podríamos considerar hasta qué punto las agencias financieras están contribuyendo o no hacia la civilización de nuestras realidades locales, naciones, regiones y mundo peligrosamente globalizados⁸.

Bibliografía

Alvarez, Sonia: «Translating the Global: Effects of Transnational Organising on Local Feminist Discourses and Practices in Latin America» en *Diálogo Solidaridad Global*, 1999, <www.antenna.nl/~waterman/>.

8. Sobre la interpenetración de lo global y lo local, v. Massey.

- Biekart, Kees: *The Politics of Civil Society Building: European Private Aid Agencies and Democratic Transitions in Central America*, International Books/Transnational Institute, Utrecht-Amsterdam, 1999.
- De la Cueva, Héctor: «Global Crisis and Trade Union Recomposition in the Face of Regionalization of the Worldwide Economy», Centro de Investigación Laboral, México, 1998.
- De la Grange, Bertrand y Maite Rico: *Marcos, la genial impostura*, Aguilar, México, 1998.
- Edelman, Marc: «Organising across Borders: The Rise of a Transnational Peasant Movement in Central America» en Jutta Blauert y Simon Zadek (eds.): *Mediating Sustainability, Growing Policy from the Grassroots*, Kumarian Press, Londres, 1998, pp. 215-247.
- Escobar, Arturo: «Gender, Place and Networks: A Political Ecology of Cyberspace» en Wendy Harcourt (ed.): *Creating New Cultures in Cyberspace*, Zed Press, Londres, 1999, pp. 149-155.
- Evers, Tillmann: «European Social Democracy in Latin America: The Case of Western Germany» en Jenny Pearce (ed.): *The European Challenge: Europe's New Role in Latin America*, Latin American Bureau, Londres, 1982, pp. 80-129.
- Fowler, Alan y Kees Biekart: «Do Private Agencies Really Make a Difference?» en David Sogge, Kees Biekart y John Saxby (eds.): *Compassion and Calculation: The Business of Private Foreign Aid*, Pluto, Londres, 1996, pp. 107-135.
- Görg, Christoph y Joachim Hirsch: «Is International Democracy Possible?» en *Review of International Political Economy* vol. 5 N° 4, 1998, pp. 585-615.
- Hellman, Judith Adler: «Real and Virtual Chiapas: Magic Realism and the Left» en Leo Panitch y Colin Leys (eds.): *Necessary and Unnecessary Utopias. Socialist Register 2000*, Merlin, Londres, 1999, pp. 161-186.
- Holloway, John y Eloísa Peláez (eds.): *Zapatista! Reinventing Revolution in Mexico*, Pluto, Londres, 1998.
- Hopgood, Stephen: «Reading the Small Print in Global Civil Society: The Inexorable Hegemony of the Liberal Self» in *Millennium: Journal of International Affairs* vol. 29 N° 1, 2000, pp. 1-25.
- Massey, Doreen: «The Geography of Power» en *Red Pepper* N° 73, 2000, pp. 18-21.
- Middle East Report: «Critiquing NGOs: Assessing the Last Decade», *MER* N° 214, 2/2000, pp. 12-44.
- Kaldor, Mary, Jan Aart Scholte, Fred Halliday y Stephen Gill: «Exchange-Seattle: December '99» en *Millennium: Journal of International Studies* vol. 29 N° 1, 2000, pp. 103-140.
- Pasha, Mustafa y David Blaney: «Elusive Paradise: The Promise and Peril of Global Civil Society» en *Alternatives* vol. 23, 1998, pp. 417-450.
- Planeta Tierra: *Crónicas intergalácticas: Primer encuentro intercontinental por la humanidad y contra el neoliberalismo*, Montañas del Sureste Mexicano, Planeta Tierra, 1997.
- Pollack, Aaron: «Toward A World in Which Many Worlds Fit. The Importance of the Zapatista Army of National Liberation for International Organising», Institute of Social Studies, La Haya, 1998.
- Rechip: *Memoria de la Cumbre de los Pueblos de América*, 15-18 de abril de 1998, Santiago, 1999.
- Serbin, Andrés: «La sociedad civil transnacional y los desafíos de la globalización», 2000, <<http://www.cries.org/ppropio/>>.
- Sogge, David y Kees Biekart: «Calculation, Compassion and Choices» en D. Sogge, K. Biekart y J. Saxby (eds.): *Compassion and Calculation: The Business of Private Foreign Aid*, Pluto, Londres, 1996.
- Sogge, D., K. Biekart y J. Saxby (eds.): *Compassion and Calculation: The Business of Private Foreign Aid*, Pluto, Londres, 1996.
- Tejeda, José Luis: «México: globalización, Estado y nación», presentado en el seminario internacional sobre globalización The Insertion of Mexico and Inclusive Alternatives for the 21st Century, UNAM-UAM, México, abril de 1999.
- Van Tuijl, Peter y Lisa Jordan: «Political Responsibility in Transnational NGO Advocacy», Bank Information Centre, La Haya, 1999.
- Waterman, Peter: «Global, civil, solidario. La complejización del nuevo mundo» en *Nueva Sociedad* N° 132, Caracas, 7-8/1994, pp. 128-145.
- Waterman, Peter: *Globalisation, Social Movements and the New Internationalisms*, Cassell, Londres, 1998.
- Yúdice, George: «Activism under Neoliberalism in Brazil: Civil Society Networks» en *Polygraph* N° 11, Duke University Press, Durham, 1999, pp. 49-65.